

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	11
Parte I. CONVERGENCIAS ENTRE EL ARTE Y LA CIENCIA	15
1. <i>María Novo Villaverde</i> (UNED): El diálogo ciencia/arte: una vía integradora para abordar la crisis ambiental global	17
2. <i>Luis Balaguer Núñez</i> (UCM): Sinergias entre las intervenciones artísticas en el territorio y la Restauración Ecológica: Ámbitos para el encuentro ...	41
Parte II. LITERATURA Y FICCIÓN EN LA CONSCIENCIA ECOLÓGICA	55
1. <i>Tonia Raquejo</i> (UCM): La ficción en la consciencia ecológica: correspondencias entre las dinámicas psíquicas y el planeta Tierra	57
2. <i>Carmen Flys Junquera</i> (UAH): Aprehender el lugar a través de la literatura	95
Parte III. LO POLÍTICO EN ARTE: ECOLOGÍA Y PRAXIS ARTÍSTICA	109
1. <i>Xavier Laka Antxustegi, Isusko Vivas Ziarrusta, Ainhoa Akutain Ziarrusta</i> (UPV / EHU): Del arte y las “ecologías” que nos unen: ética y estética para el encuentro/desencuentro del “paisaje cultural” con los vestigios de la “naturaleza” alterada. Más allá de la roca inerte	111
2. <i>Ana Arnaiz, Jabier Elorriaga, Iskandar Rementeria</i> (UPV / EHU): Formas de ideología en la escala (del paisaje) de la cultura. La memoria (resiliente) de lo político en el arte	157
Parte IV. ARTE Y ECOLOGÍA: UN COMPROMISO NECESARIO	189
1. <i>Fernando Arribas Herguedas</i> (URJC): Arte, Naturaleza y Ecología	191
2. <i>José Albelda</i> (UPV): Arte y Ecología. Aspectos caracterizadores en el contexto del diálogo arte-naturaleza	219
3. <i>José María Parreño Velasco</i> (UCM): Arte y Ecología en España: notas para una guía	249

Parte V. PROYECTOS ARTÍSTICOS Y ARQUITECTURAS EFÍMERAS EN ESPACIOS	
DEGRADADOS	275
1. <i>Diego Arribas</i> (UZ): Minas, Canteras y Graveras. Una lectura Estética	277
2. <i>Carmen Blasco</i> y <i>Angela Souto</i> (UPM): Proyectos efímeros para la mejora de lugares degradados en la escena urbana de Madrid	305
3. <i>Carma Casulá</i> : Al Natural_PRS. Parque Regional Sureste de la Comunidad de Madrid	343
 <i>Breve biografía de los autores</i>	 363

APREHENDER EL LUGAR A TRAVÉS DE LA LITERATURA

■ Carmen Flys Junquera

SUMARIO

Tradicionalmente, el cuidado y conservación de un lugar partía de aquellas personas que sentían arraigo a ese lugar, como resultado de habitarlo y conocerlo. Hoy en día, cada vez menos personas sienten ese arraigo, ya sea por el abandono de las zonas rurales, la degradación del paisaje o la movilidad de las personas que no paran lo suficiente para conocer un lugar. Este artículo es un ejemplo de análisis ecocrítico, escuela de crítica literaria que se centra en las interrelaciones entre los seres humanos, su cultura y su entorno. El artículo, que analiza la novela El corazón de la tierra (2001) de Juan Cobos Wilkins, postula que un texto literario, aunque sea de ficción, puede transmitir el conocimiento y emoción de un lugar — en este caso Riotinto— provocando una sensibilidad hacia el mismo y el deseo de conservarlo, aunque no se hubiera habitado en él. De esta forma, a través de la imaginación empática de un escritor, un lector podría mostrar una sensibilidad ante múltiples lugares, fomentando el deseo de cuidar el planeta en su conjunto.

PALABRAS CLAVE: ecocrítica, sentido de arraigo, Riotinto, Juan Cobos Wilkins.

¿Qué es un lugar? El geógrafo Yi-Fu Tuan diferencia entre “espacio” y “lugar” considerando este último como un centro de valores sentidos por sus habitantes, donde las necesidades tanto biológicas como emocionales se dan (1997: 4). Así pues, cualquier lugar, aunque no sea percibido como bello, puede también llegar a emocionar y la gente que habita allí sentir un fuerte apego al mismo. La antropóloga Setha Low considera que el apego al lugar proviene de la relación simbólica que se forja al darle un significado cultural emotivo particular que contribuye a la comprensión de ese lugar y a su relación con el mismo, tanto a nivel individual como del grupo (1992: 2). El sociólogo David Hummon aclara que la percepción subjetiva de los lugares determina ese grado de arraigo que tiene un carácter dual, abarcando tanto una perspectiva interpretativa acerca del paisaje como una reacción emocional ante el mismo (1992: 6).

Tradicionalmente, los ambientalistas han considerado que era necesario un sentido de lugar, un sentido de arraigo en el lugar para que exista la necesidad y voluntad de conservarlo. En nuestra sociedad donde el paisaje cada día esta más degradado por la urbanización desenfrenada, la búsqueda abusiva de recursos y el abandono de espacio rurales, se hace más difícil proteger y conservar los espacios, particularmente aquellos que no se perciben como especialmente bellos o bien especiales en cuanto a su diversidad biológica. Antes, la valoración del lugar se la daban los lugareños, el pueblo que habitaba allí y lo conocía; su identidad estaba íntimamente imbricada con el ambiente que lo nutría. El sentido de arraigo se basa en esa confluencia de la historia y del hábitat.

Sin embargo, hay cada vez menos gente arraigada en un solo lugar y la pregunta frecuente de nuestro siglo XXI es cómo alcanzar un sentido de arraigo, en un mundo más móvil, más cosmopolita. Mitchell Thomashow cuestiona esa necesidad de habitar largo tiempo en un lugar. Arguye que para entender el sentido de lugar, hay que tener en cuenta las escalas temporales y espaciales de la percepción y éstas, quizás estén cambiando. ¿Cuánto tiempo ha de vivir una persona en un determinado paisaje para ser considerado un lugareño, para sentir arraigo en dicho lugar? (2003: loc. 2262)¹. La filósofa australiana, Val Plumwood, afirma que para sentir una sensibilidad hacia el lugar, hay que entender el “lenguaje de la tierra”, (2002: 231), conocer su historia, las voces ancestrales de cada lugar y los juegos de poder inscritos en el mismo (2002: 229). Pero esto parece limitarnos a poder apre-

ciar profundamente un lugar solo si hemos habitado largamente allí. Plumwood, consciente que la modernidad conlleva movilidad, sugiere que, aunque sea necesario haber tenido una experiencia profunda de un lugar, esta sensibilidad pudiera ser extrapolable a otros lugares si se desea. Pero ha de ser un esfuerzo deliberado. Thomashow afirma que la interpenetración entre especies, personas y paisajes son la base de cualquier lengua y cultura y por tanto los relatos de 'habitación', de formas de morar en una tierra nos aportan el conocimiento necesario del hábitat y de la historia para llegar a aprehender dicho lugar (2003: loc. 2430)¹. Sugiere que partiendo de una orientación basada en un lugar concreto, se puede llegar a explorar temas globales de medio ambiente (2003: loc.1046), algo tan necesario en estos momentos. Así pues, los relatos de la tierra podrían facilitar esa extrapolación para adquirir una sensibilidad hacia otros, incluso múltiples lugares, ampliando ese apego por un lugar a una visión global o planetaria.

Los relatos, los cuentos, son precisamente la forma que los seres humanos tenemos para sacarle sentido a las cosas. El ser humano capta el mundo a través de relatos. Como afirma Brian Boyd, las artes, tanto verbales como visuales, responden a la preferencia natural de nuestra especie, a nuestra intuición, mucho más que las ciencias (2009: loc. 4675). Como señalan Scott Slovic y Paul Slovic (ecocrítico y psicólogo, respectivamente), está demostrado que las personas no acabamos de reaccionar ante los números y las estadísticas. Nos conmueve más el relato de un niño que sufre desnutrición que las cifras de miles de niños que mueren de hambre cada día (2004-2005: 14). Como especie, necesitamos la emoción, la empatía para reaccionar y eso se consigue antes con las historias que con los números. Asimismo, los relatos fomentan nuestra capacidad para evaluar nuestras opciones e imaginar acciones posibles ante distintos escenarios (Boyd, 2009: loc. 4673). Precisamente la ficción, según Lisa Zunshine en su estudio acerca del funcionamiento de nuestra mente, nos permite adquirir nuevos conocimientos y nuevas formas de sentir y entender, formas de dar sentido a nuestra vida y desarrollar un sentido ético (2006: loc. 3571-75). Así pues, planteo que a través de la literatura podemos llegar a conocer un lugar y llegar a tenerle un apego especial, aunque no hayamos vivido en él. Leyendo esos relatos de 'habitación' podemos llegar a conocer y apreciar un lugar y aprehender su belleza y significados intrínsecos. Esto es precisamente la función de la ecocrítica, escuela de crítica literaria, que estudia las interrelaciones

entre las personas, su cultura y su hábitat, entre los seres humanos y no-humanos que compartimos la tierra. Este ensayo, por tanto, es un ejercicio de ecocrítica que pretender ilustrar como un texto literario puede hacernos sentir ese apego hacia un lugar en el que no hemos vivido.

Un análisis ecocrítico de la novela de Juan Cobos Wilkins, *El Corazón de la tierra* (2001) puede hacernos conocer y aprehender el paisaje único de Riotinto (Huelva). El título no puede ser más evocador, pero con dos percepciones diametralmente opuestas. Aprehende la esencia del lugar, el corazón, pero a la vez apela a su desgarrar, ya que se refiere a una de las explotaciones mineras más antiguas y más grandes de Europa, en la cual ese corazón de la tierra ha sido arrancado, dejando un vacío sangrante con el agua roja del río Tinto. Esta novela tiene, desde la perspectiva ecocrítica, varias dimensiones que enriquecen la percepción del lugar. Por una parte, está la descripción poética que hace el autor del lugar. Por otra, encontramos el relato histórico acerca de la primera protesta medioambiental de España (Fernández, 1999:40) y una clara denuncia de injusticia medioambiental. En tercer lugar cabe hacer un análisis de los valores éticos y medioambientales de la protagonista, Blanca Bosco.

A modo de breve resumen, la novela transcurre en el año 1954 cuando Katherine White, una mujer inglesa de mediana edad y nieta del médico inglés de la compañía minera británica Riotinto, recibe una carta diciéndole que Blanca Bosco ha fallecido. La carta contiene el colgante que Blanca llamaba 'el corazón de la tierra'. Katherine recuerda la visita que hizo a Riotinto en 1952, buscando a Hada, el apodo de Blanca, la niña de los cuentos de su abuelo. Allí encuentra a Blanca —una mujer ya muy mayor— y se hicieron amigas. En esa visita, le pide a Blanca que le cuente los sucesos del "año de los tiros", la manifestación en Riotinto de 1888 que vivió como niña. Los recuerdos de Katherine se complementan con sus cartas y fragmentos del diario de Blanca. Así pues, la narración está focalizada en dos mujeres pero con varias voces: los recuerdos de Blanca como niña, sus pensamientos reflejados en el diario; la conversación entre Blanca y Katherine, y las cartas y recuerdos de Katherine. La novela tiene tres capítulos: el primero, "Portae Inferi", y el tercero, "The Nightingale's Shadow", [la sombra del ruiseñor] son muy breves y transcurren en 1954. El segundo capítulo y el más largo, "El Corazón de la tierra", relata esa visita de 1952.

En ese primer capítulo Katherine recuerda los cuentos de su abuelo acerca de ese paisaje de hadas:

un sitio que tiene el suelo del color de un pudín de frambuesa, pero es muy, muy distinto, porque es sangre, sangre que se ha secado y, después de muchos siglos, se volvió piedra y esas tierras las cruza un río que también es rojo y, como un camaleón, va cambiando de color según los paisajes que atraviesa (p.17-18).

Por los cuentos de su abuelo, Katherine asociaba las minas a la entrada al infierno, “de sus entrañas arrancaron los metales con los que comerciaban las naves tartesias” (p. 19) y recuerda su incredulidad acerca de un

río rojo. Bermellón y violáceo. Azafranado en sus orillas. Sin peces. Sin adelfas, sin juncos, sin brizna alguna cercana a su cauce, sin canto de aves junto a sus aguas. [...] El río Tinto, vena extraída limpiamente del cuerpo y que, abierta, sajada, deja correr su sangre por la superficie dolida de la tierra. (p. 19-20).

No es capaz de acertar describir el color en sus cartas:

Yo renuncio a trasladar al papel el abanico de sensaciones —algunas contradictorias y turbadoras— que me provocó. Esperaré a revelar mis fotos y a colocarlas junto a estas líneas. Pero, ay, ¿y el color?, ¿sus imposibles colores? El arco iris caído que manchaba la tierra (p. 57).



Figura 1. Río Tinto (Huelva, 2012).